# *Cuentos infantiles prohibidos*

««-»»

*acunando sueños*

*índice de cuentos y autores*

*título; autor ..... pág*

*Los zapatos voladores; Margarita Belgrano ..... 2*

*El pueblo que no quería ser gris; Beatriz Doumerc ..... 7*

*La ultrabomba; Mario Lodi..... 11*

*Monigote en la arena; Laura Devetach ..... 13*

*Jacinto; Graciela Cabal ..... 15*

*La caída de Porquesí, el malvado emperador; Silvia Schujer 19*

*El deshollinador que no tenía trabajo; Laura Devetach..... 21*

*Mocho y el espantapájaros; Álvaro Yunque ..... 29*

««-»»

# *Los zapatos voladores*

## *de Margarita Belgrano, ilustraciones de Sara Conti* [1]

En esta época en que todo el mundo habla de platos voladores a alguien se le ocurrió hablar de zapatos voladores.

Fue en un pueblo tranquilo en el que nunca había un bochinche ni un berrinche. Hasta el día en que, en medio de una calle, se escucharon los chillidos de un chico pelirrojo:

—¡Un zapato pasó volando arriba de mi cabeza! ¡Otro cruzó muy cerca de mi nariz! –gritaba. Y pegaba saltos señalando el aire.

Pero nadie vio nada en el aire. Salvo alguna que otra mosca y un gorrión chiquito que aprendía a volar, nada raro pasaba por sobre las cabezas.

—Habrá sido una mariposa gorda o un pajarito de cuero –le decían al chico en tono de burla.

Al otro día se repitió una escena parecida. Doña Rosa, la panadera, había

[1] En 1977, el Centro Editor de América Latina (CEAL) lanzó una colección de cuentos infantiles escritos por autores y autoras argentinas e ilustrados también por artistas nacionales: eran historias breves, sencillas, atractivas que mostraban los innovadores recorridos iniciados por escritores nacionales de ese momento. Entre los cuentos publicados en la colección "*Los cuentos de Chiribitil*" estaba "*Los zapatos voladores*", con ilustraciones de Sara Conti (Chacha), que fue prohibido por la dictadura cívico militar por considerarlo "subversivo".
Sara Conti, hermana de Oski, comenzó a dibujar en colaboración con él intencionadas caricaturas políticas, que firmaba Van Pog, para el semanario"Cascabel". Después se volcaría a la ilustración infantil, realizando personalísimas tapas e ilustraciones que firmaba Chacha, para la revista "Mundo Infantil".

salido a comprar dulce para rellenar alfajores y cuando llegó a la esquina vio que un zapato volaba a toda velocidad por arriba de los techos. Mientras muy sofocada aseguraba que el chico pelirrojo tenía razón salió corriendo García, el farmacéutico, para avisarles a los vecinos que había encontrado un zapato marrón enganchado en la antena del televisor, sobre la azotea de su casa.

La gente salió a cuchichear a las veredas: "¿Serán espías interplanetarios disfrazados de zapatos? ¿Serán platos voladores que no tienen forma de platos?".

Todo el pueblo hizo cola frente a la casa del farmacéutico. Entraban de a diez para que las escaleras no se desplomaran y subían hasta la azotea para observar el extraño fenómeno atrapado por la antena de la televisión.

Bueno, de extraño no tenía mucho porque era ni más ni menos que un zapato marrón, bastante gastado, con suela, taco y cordones, como casi todos los zapatos.

Lo miraban con curiosidad y desconfianza. Nadie se atrevía a tocarlo por temor a morir pulverizado.

El zapato, quietito en su lugar, no daba muestras de inteligencia ni, menos que menos, de saber volar.

Al día siguiente nadie fue a trabajar. Los chicos faltaron a la escuela, las fábricas durmieron en silencio, los cines no pasaron películas, las veredas no fueron barridas, los almacenes no vendieron nada.

¿Por qué? Porque todos estaban haciendo cola para ver el zapato. Era tan larga que ocupaba cuadras y cuadras y se enroscaba por las manzanas del barrio como un hilo alrededor de un carretel.

Tal escándalo se armó que el gobernador, para restablecer el orden, hizo sobrevolar la interminable cola por un avión con micrófono y convocó a una reunión en la plaza principal.

La gente fue hacia allá.

—¡Yo lo vi! ¡Yo lo vi! –vociferaba doña Rosa apretujada por la multitud.

—¡Yo lo vi primero! –gritó el chico pelirrojo.

—¡Está en la azotea de mi casa! –dijo el farmacéutico, medio ronco por haberlo contado tantas veces.

El gobernador salió al balcón y rugió:

—¡Silencio! ¡Nuestro pueblo debe volver a la normalidad! ¡Déjense de historias y terminemos con esta farsa! Yo no le creo a nadie. Los pájaros vuelan. Los zapatos no son pájaros. Por lo tanto, los zapatos no vuelan. Buenas tardes.

Una nena dijo en voz muy alta:

—¡Mentiras! Los aviones tampoco son pájaros y sin embargo vuelan.

En ese momento se escuchó la sirena de los bomberos. El camión colorado se abrió paso entre la muchedumbre hasta llegar al balcón del gobernador. Un bombero bajó, hizo una reverencia, colocó una larga escalera para subir hasta el balcón y, entregándole un paquete al gobernador, le dijo:

—Señor gobernador, en nombre de los bomberos voluntarios que arriesgaron sus vidas en esta peligrosa hazaña le hago entrega del zapato volador, que hemos cazado en casa del farmacéutico García para que usted lo vea con sus propios ojos.

El gobernador tomó el paquete entre sus manos, lo abrió sin ningún temor y, muy fastidiado, dijo:

—Esto no es un zapato volador. Esto es, simplemente, un zapato.

—¡QUE VUE-LE! ¡QUE VUE-LE! –pedía la multitud.

—¡SI, SEÑOR GOBERNADOR, EL ZAPATO ES VOLADOR! –continuaban coreando.

Pero el zapato, quietito en manos del gobernador, ni se movió.

Mientras la gente insistía y pateaba impaciente las piedritas de la plaza apareció el cartero Cartín, quien todas las mañanas repartía la correspondencia casa por casa.

Como era bajito se trepó a babucha de un farol y dijo lo más alto que pudo:

—¡Un momento, señor gobernador! ¡No se retire! Tengo que decir unas palabras.

El gobernador lo miró y observó que estaba descalzo. Entonces chilló:

—¿Cómo se atreve a presentarse descalzo ante este balcón que es orgullo de nuestro pueblo?

—Porque tiré mis zapatos por la ventana y ahora no tengo más qué ponerme –respondió Cartín.

Alrededor pudo escucharse un agitado murmullo.

El cartero prosiguió:

—Vengo a disculparme por haber causado este revuelo sin querer. Yo soy el causante del desorden.

—Explíquese y pronto, que estoy muy ocupado y es la hora de tomar el té –dijo el gobernador.

—Resulta que cuando me enfurezco tengo mucha fuerza –explicó Cartín–. Un día me enfurecí, arrojé los zapatos por la ventana y volaron como cohetes. Al otro día volví a enfurecerme y tiré el otro par. Ahora ando descalzo porque se me acabaron los zapatos.

La gente pataleó con ansiedad.

—No termino de entender –dijo el gobernador–, y el té se enfría.

Cartín, entonces, algo nervioso, explicó las razones que tenía para enfurecerse.

—Me dolían los pies, señor gobernador, y eso es una injusticia. Y a mí la injusticia me enfurece.

—¿Ajá? –contestó el gobernador a punto de perder la paciencia–. ¿Así que el dolor de pies es una injusticia? ¿Para escuchar semejante tontería estoy perdiendo mi valioso tiempo?

—La injusticia es tener que caminar...

—¿No me diga? ¿Qué quiere usted? ¿Volar como los pájaros? ¿Arrastrarse como las lombrices? –se sulfuró el gobernador.

—Digo que la injusticia es tener que caminar tanto, tanto, para repartir las cartas casa por casa, sin un triste triciclo o bicicleta o borrico que me lleve de una calle a otra.

—¿Y por qué no se compra un triciclo, una bicicleta o un borrico?

—Porque mi sueldo de cartero no me alcanza, señor gobernador. Y hay quienes se pasan el día sentados trabajando en oficinas, y sin embargo tienen auto o bicicleta, aunque no lo precisen tanto como yo y...

Las voces de la gente que llenaba la plaza no lo dejaron continuar:

—¡Bl-Cl-CLE-TA! ¡Bl-CI-CLE-TA!

—Trataremos... –dijo el gobernador.

—¡BI-CI-CLE-TA! ¡BI-CI-CLE-TA!

—Trataremosss... –repitió más fuerte.

—¡Bl-Cl-CLE-TA! ¡BI-CI-CLE-TA! –seguía coreando la multitud.

—TRATAREEEMOOOSSSS DE... –insistió el gobernador– DE SOLUCIONAR SU PROBLEMA LO MAS PRONTO POSIBLE, LUEGO DE CONSULTAR CON MIS COLABORADORES Y CONVOCAR A UN EQUIPO DE INVESTIGADORES QUE SE OCUPAN DE...

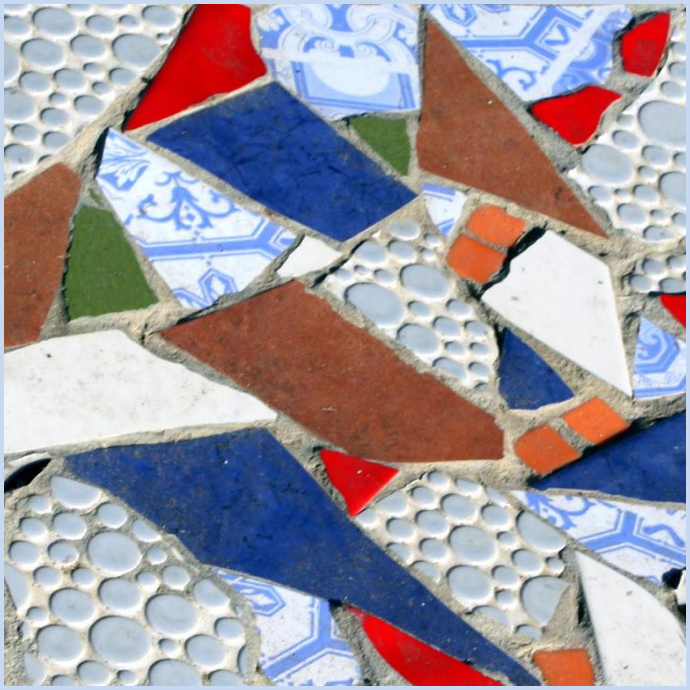
Pero nadie escuchaba ya al gobernador. Porque todos estaban arrojando monedas en un gran macetón vacío que adornaba el centro de la plaza. Y como la gente era tanta las monedas fueron muchas.

Las suficientes como para que Cartín el cartero pudiera comprarse una bicicleta y un lindo par de zapatos nuevos

««-»»

# *El pueblo que no quería ser gris*

## *de Beatriz Doumerc y Ayax Barnes* [2]



Había una vez un rey grande, en un país chiquito.

En el país chiquito vivían hombres, mujeres y niños.

Pero el rey nunca hablaba con ellos, solamente les ordenaba.

Y como no hablaba con ellos, no sabía lo que querían; y si por casualidad los sabía, no le interesaba.

El rey grande del país chiquito, ordenaba, solamente ordenaba: ordenaba esto, aquello y lo de más allá, que hablaran o que no hablaran, que hicieran así o que hicieran asá.

Tantas órdenes dio, que un día no tuvo más cosas para ordenar.

Entonces se encerró en su castillo y pensó, hasta que se decidió: "Ordenaré que todos pinten sus casas de gris".

[2] Las obras creadas por la dupla compuesta por la escritora argentina Beatriz Doumerc y el ilustrador Ayax Barnes, ha sido de las más censuradas: "El pueblo que no quería ser gris", "Daniel y los reyes", "Cómo se hacen los niños", ninguna se salvó del miedo de los militares a los mensajes "subversivos" ocultos.

Y todos pintaron sus casas de gris.

Todos menos uno; uno que estaba sentado mirando el cielo y vio pasar una paloma roja, azul y blanca.

—"¡Oh, qué linda!", –dijo maravillado–, "pintaré mi casa de rojo, azul y blanco!".

Y la pintó nomás.

Cuando el rey miró desde su torre y vio entre las casas grises una roja, azul y blanca, se cayó de espaldas una vez, pero enseguida se levantó y ordenó a sus guardias:

—¡Traigan inmediatamente a uno que pintó su casa de rojo, azul y blanco!

Los guardias aprontaron sus ojos para verlo todo, sus orejas para oír y se marcharon.

Pero mientras llegaban a la casa de "uno", otro que vivía en la casa vecina dijo:

—"Qué linda casa; yo también pintaré la mía así".

Y la pintó nomás.

Entonces cuando los guardias llegaron, no supieron cuál era la casa de uno y cuál la casa de otro, así que regresaron al castillo y hablaron con el rey.

—¡No puede ser –dijo el rey–, y miró desde la torre. Al ver lo que vio se cayó de espaldas dos veces, pero enseguida se levantó. Y ordenó a sus guardias:

—Me traen a uno y a otro, ¡inmediatamente!

Pero ya un tercero había visto las dos casas de rojo, azul y blanco y en un instante pintó la suya.

Los guardias no tuvieron más remedio que regresar y preguntarle al rey:

—¿Qué hacemos, traemos a uno, a otro y a otro?

Entonces el rey se cayó de espaldas tres veces, y los guardias tuvieron que

ayudarlo a levantarse.

—¡Traen a los tres! –dijo en cuanto estuvo levantado. Pero cuando los guardias bajaron, no había tres casas pintadas.

Había 333.333.

—Bueno –dijeron los guardias cuando terminaron de contarlas–, se lo diremos al rey.

Y el rey se cayó de espaldas una vez, dos, cuatro, ocho, dieciséis, treinta y dos, sesenta y cuatro y ciento veintiocho veces.

Mientras se caía y lo levantaban, el rey ordenaba.

—¡Que me traigan todo lo que sea rojo, azul y blanco!

Los guardias bajaron ligerito.

En la ciudad había 333.333 casas rojas, azules y blancas, y las aceras eran rojas, azules y blancas, y los perros metían las colas en los tachos de pintura y luego se sacudían al lado de los árboles, los jinetes con sus ropas recién pintadas subían a los caballos y los caballos al galopar dejaban los caminos pintados; y las palomas mojaban sus patitas en los charcos de pintura que brillaban al sol, luego volaban a los palomares, y los palomeros pintaban las alas de las palomas así que cuando estas volaban por el cielo parecían barriles de colores: y todos las miraban y se sentían muy contentos.

Todo era rojo, azul y blanco.

Todo menos el rey, sus guardias y el castillo.

—¡Todo aquel que sea rojo, azul y blanco debe marchar inmediatamente al castillo! ¡El rey lo ordena! –dijeron los guardias. Y todos hombres, mujeres, niños, ancianos, caballos, perros y pájaros, gatos y palomas, todos los que podían marchar, llegaron al castillo. Eran tantos, tantos, y estaban tan entusiasmados, que al momento el castillo, las murallas, los fosos, los estandartes, las banderas, quedaron de color rojo azul y blanco.

Y los guardias también.

Entonces el rey se cayó de espaldas una sola vez, pero tan fuerte que no se levantó más.

El rey de la comarca vecina, al mirar desde lo alto de su torre dijo:

—Algo ha sucedido, el rey del país chiquito ha cambiado el color de sus estandartes, enviaré a mis emisarios para que averigüen lo que ha sucedido.

—¿Qué ha sucedido?, ¿qué ha sucedido? –preguntaron los emisarios, cuando estuvieron en presencia del rey.

Pero el rey grande del país chiquito estaba tan caído, que ni siquiera podía contestar.

Entonces "uno" dijo:

—Resulta que yo estaba en la puerta de mi casa, tomando el fresco, mirando el cielo, y vi pasar una paloma roja, azul y blanca, y entonces... y siguió contando todo lo que había sucedido.

—Pondremos sobre aviso a nuestro rey –dijeron los emisarios del país vecino, no vaya a ser que le pase lo mismo.

Y marcharon al galope.

Claro que los caballos llevaban ya sus patas pintadas, y mientras galopaban, pintaban los caminos de rojo, azul y blanco...

Pero fueron las palomas, las que primero llegaron a la comarca del rey vecino.

Y uno que esta sentado en la puerta de su casa tomando el fresco, las vio y dijo:

—¡Oh, qué lindo!, pintaré mi casa de rojo, azul y blanco.

Y la pintó nomás y... como pueden ustedes imaginar este cuento que acá termina por otro lado vuelve a empezar.

««-»»

# *La ultrabomba*

## *de Mario Lodi* [3]

En su fábrica patrón Palanca hacía bebidas con los residuos del petróleo. Pero nadie compraba esas bebidas porque eran negras y hacían venir dolor de barriga.

Entonces inventó una linda publicidad para convencer a la gente: "Una bebida de Rey para la mamá, el papá y para vos".

Y él se hizo rico, muy rico, casi como el rey.

Los ricos son siempre amigos de los reyes y también patrón Palanca se hizo amigo.

Una noche fue a cenar a su castillo y le dijo: "¡Hagamos una gran guerra! Yo te construiré la ultrabomba y vos me darás cien ultramillones. Yo seré el más rico del mundo y vos el rey de toda la tierra".

—"Bien", –dijo el rey. "Pero ¿cómo hacemos para convencer a la gente que haga la guerra por nosotros?".

—"Me encargo yo", –dijo patrón Palanca. Se hizo jefe de la televisión e hizo un noticiero lindo como la publicidad y todas las noches decía: "Es lindo combatir y morir por mí y por el rey".

[3] Publicado en 1975 por editorial Rompan fila. Prohibido en 1976.

Y la gente creía en sus palabras mentirosas como bebía sus bebidas negras.

Mientras tanto patrón Palanca en su ultrafábrica nueva construía la ultrabomba, los aviones, los tanques, los fusiles, y todo lo que se necesitaba para hacer la gran guerra. Y le vendió todo al rey por cien ultramillones.

El día de la guerra la gente, en la plaza, miraba en la pantalla de TV al rey y al general Palanca.

El general decía: "La guerra ha comenzado. Dentro de poco verán al avión que desengancha la ultrabomba sobre el enemigo que no sabe nada. Nosotros somos los más fuertes y venceremos. Viva yo y viva el rey."

El avión había llegado sobre la ciudad más grande del mundo. El general ordenó: "¡Tirá la ultrabomba!".

El piloto miró hacia abajo y vio los chicos que jugaban. Y pensó: "¡Si desengancho los mato!".

Y volaba, volaba sobre la ciudad que brillaba al sol. Y no obedecía.

—¡Tirá la ultrabomba sobre el enemigo! –gritó el rey enojado.

El piloto volaba y decía:

—Sólo veo chicos y gente que trabaja... el enemigo no lo veo... el enemigo no está.

El rey y el general gritaron:

—¡Son ellos el enemigo! Desenganchá y destruilos.

Pero el pueblo y los soldados gritaron todos juntos:

—¡NO!

Gritaron tan fuerte que el piloto los escuchó. Entonces regresó, voló sobre el castillo y le dijo al rey:

—¡La bomba te la tiro a vos!

El rey y el general escaparon, y desde ese día comenzó otra historia. En toda la tierra, una historia sin guerra.

««-»»

# *Monigote en la arena*

## *de Laura Devetach* [4]

La arena estaba tibia y jugaba a cambiar de colores cuando la soplaba el viento. Laurita apoyó la cara sobre un montoncito y le dijo:

—Por ser tan linda y amarilla te voy a dejar un regalo –y con la punta del dedo dibujó un monigote de seda y se fue.

Monigote quedó solo, muy sorprendido. Oyó cómo cantaban el agua y el viento. Vio las nubes acomodándose una al lado de la otra para formar cuadros pintados. Vio las mariposas azules que cerraban las alas y se ponían a dormir sobre los caracoles.

—Hola –dijo Monigote, y su voz sonó como una castañuela de arena.

El agua lo oyó y se puso a mirarlo encantada.

[4] Dice la autora: «El cuento *Monigote en la arena* se divulgó en la Memoria de un Seminario Taller de Literatura para niños que se realizó en la Universidad de Córdoba. Integra el segundo libro que escribí, al final de los sesenta, y recibió el Premio Casa de las Américas, de Cuba, en 1975. En esa oportunidad también obtuvieron el premio Eduardo Galeano, Beatriz Doumerc y Ayax Barnes, José Murillo y Ana María Ramb. Todos esos libros y autores fueron prohibidos más adelante, entre otros miles, menos *Monigote en la arena* que no había llegado a publicarse en la Argentina. Entonces enfocaron a mi primer libro, *La torre de cubos*, que se publicó en el año 1966. Quiero dedicar su lectura a mi colega y amiga de siempre, Graciela Montes, y a la memoria de la escritora Graciela Cabal, ambas compañeras de ruta y de vida desde el Centro Editor de América Latina, cuyos libros fueron quemados».

—Glubi glubi, monigote en la arena es cosa que dura poco –dijo preocupada y dio dos pasos hacia atrás para no mojarlo–. ¡Qué monigote más lindo, tenemos que cuidarte!

—¿Qué? ¿Es que puede pasarme algo malo? –preguntó Monigote tirándose de los botones como hacía cuando se ponía nervioso.

—Glubi glubi, monigote en la arena es cosa que dura poco –repitió el agua, y se fue a avisar a las nubes que había un nuevo amigo pero que se podía borrar.

—Flu flu –cantaron las nubes–, monigote en la arena es cosa que dura poco. Vamos a preguntar a las hojas voladoras cómo podemos cuidarlo.

Monigote seguía tirándose de los botones y estaba tan preocupado que ni siquiera probó los caramelitos de flor de durazno que le ofrecieron las hormigas.

—Crucri crucri –cantaron las hojas voladoras–. Monigote en la arena es cosa que dura poco. ¿Qué podemos hacer para que no se borre?

El agua tendió lejos su cama de burbujas para no mojarlo. Las nubes se fueron hasta la esquina para no rozarlo. Las hojas no hicieron ronda. La lluvia no llovió. Las hormigas hicieron otros caminos.

Monigote se sintió solo solo solo.

—No puede ser –decía con su vocecita de castañuela de arena–, todos me quieren pero porque me quieren se van. Así no me gusta.

Hizo "cla cla cla" para llamar a las hojas voladoras.

—No quiero estar solo –les dijo–, no puedo vivir lejos de los demás, con tanto miedo. Soy un monigote de arena. Juguemos, y si me borro, por lo menos me borraré jugando.

—Crucri crucri –dijeron las hojas voladoras sin saber qué hacer.

Pero en eso llegó el viento y armó un remolino.

—¿Un monigote de arena? –silbó con alegría–. Monigote en la arena es cosa que dura poco. Tenemos que hacerlo jugar.

"Cla cla cla", hizo monigote porque el remolino era como una calesita.

Las hojas voladoras se colgaron del viento para dar vueltas.

El agua se acercó tocando su piano de burbujas.

Las nubes bajaron un poquito, enhebradas en rayos de sol.

Monigote jugó y jugó en medio de la ronda dorada, y rió hasta el cielo con su voz de castañuela.

Y mientras se borraba siguió riendo, hasta que toda la arena fue una risa que juega a cambiar de colores cuando la sopla el viento.

««-»»

## *Jacinto*

### *de Graciela Cabal* [5]

El día de su cumpleaños Julieta recibió muchos regalos: una tortuga de verdad, un títere que se llamaba Perico y una maceta con una flor colorada.

Pero cuando Julieta vio a Jacinto casi se cae sentada de contenta, tanto le gustó.

—¿Quién me regaló ESTO? –gritó Julieta.

Como todos tenían la boca ocupada tocando la corneta o comiendo masitas, nadie le pudo contestar.

Jacinto le guiñó un ojo, se subió a la torta y empezó a chuparse los confites de chocolate.

—¡Esperá, Jacinto, ayudame a apagar las velas!

Entonces los chicos cantaron "que los cumplas feliz" y tomaron naranjada con pajita.

[5] Era el año 1977 y ya hacía tiempo que Graciela Cabal trabajaba en el Centro Editor de América Latina (CEAL), en donde fue Secretaria de Redacción de numerosas colecciones. Así nació *Jacinto*, la historia de una chica y su amigo imaginario, prohibida en varias provincias del país durante la dictadura cívico-militar.

Desde ese día, Julieta y Jacinto fueron grandes amigos.

Cuando Julieta iba al Jardín de Infantes –que es un lugar muy importante– llevaba a Jacinto en el bolsillo del delantal.

Si hacía frío, Jacinto se abrigaba con las pelusas y solo asomaba la puntita de la nariz.

La gente grande no lo veía a Jacinto. Los perros y los gatos y las tortugas y los pajaritos, sí.

También lo veían algunos chicos: los que eran muy amigos de Julieta y le daban alfajores y pastillas de anís.

Casi siempre Jacinto dormía en una chinela peluda. Pero a veces, en la mitad de la noche, Jacinto se levantaba despacito, se metía en el canasto de los juguetes y hacía un zafarrancho.

Porque Jacinto era muy travieso y desordenado: no encontraba sus zapatos ni su cepillo de dientes, dejaba las témperas destapadas, hacía orejas en los cuadernos y otras cosas muy horribles para las madres y los padres.

La mamá de Julieta nunca había visto a Jacinto y, entonces, la retaba a ella.

—¡Julieta, ese desorden en tu biblioteca!

—¡Julieta, qué vergüenza, ningún botón en el delantal!

—¡Julieta, sacales punta a tus lápices de colores!

—¡Julieta, todos los juguetes desparramados por el suelo!

Pero el gran lío se armó cuando nació el hermanito. Santiaguito era sólo un bebé y tenía a todo el mundo corriendo de un lado al otro.

Que la mamadera, que los pañales, que las tías de Trenque Lauquen…

Un trabajo bárbaro, un verdadero loquero; la casa, patas para arriba.

Sin embargo, la familia parecía encantada. Y Julieta, también.

Jacinto no entendía mucho, pero estaba tan celoso que se llenó de manchitas.

Julieta ya no se acordaba de darle de comer a la tortuga ni de regar la flor colorada.

Y, lo peor de todo: Julieta ya no se acordaba de Jacinto.

Un día, Jacinto no aguantó más y en puntas de pie se acercó al canasto donde dormía el bebé. Se trepó y lo miró bien de cerca.

En realidad esa cosa era bastante linda, pero no merecía tanto alboroto.

A Jacinto le hubiera gustado quedarse dentro del canasto, que estaba limpio, perfumado y lleno de moños celestes.

Pero Julieta se iba a enojar.

Porque Julieta ya no lo quería como antes.

Entonces, muy rabioso, Jacinto le sacó el chupete a Santiaguito y empezó a correr y a correr.

El bebé abrió un ojo, después el otro, movió un poco la boca, otro poco, y empezó a llorar como loco.

Cuando oyeron llorar a Santiaguito:

el papá se martilló un dedo,

la mamá dejó caer los huevos de la tortilla,

a la abuela se le escaparon tres puntos del tejido,

Julieta le regó la cabeza a la vecina de abajo.

—¡Al nene le duele la panza!

—¡Tiene sed!

—¡Tiene hambre!

—¡Tiene hambre y sed y le duele la panza!

—¡¡LLAMEMOS AL DOCTOR NICOLINI!!

Santiaguito lloraba cada vez más fuerte.

Llegó el doctor Nicolini y, como era un señor muy serio, se puso los anteojos, tosió un poco y se rascó una oreja.

Lo miró al bebé por arriba, lo miró por abajo y se rascó la otra oreja.

—¿Qué le pasa a Mi bebé? –gritaron al mismo tiempo la mamá, el papá, Julieta y la abuela.

—A este nene…

—¿Síííííííííííí?

—A este nene… le falta el chupete.

—¡LE FALTA EL CHUPETE! ¡LE FALTA EL CHUPETE!

El papá, la mamá, Julieta, la abuela y algunos vecinos corrieron a la farmacia de la esquina a comprar chupetes.

Y, como se fueron todos, el bebé se quedó solo, llorando y llorando.

Bueno, solo no: con Jacinto, que entonces salió de su escondite y le puso el chupete en la boca.

Santiaguito paró de llorar y lo miró a Jacinto.

Y le hizo una risita.

Y le agarró el dedo.

—Soltame, bebé, que estoy muy apurado. Tengo que preparar mi valija. Como nadie me quiere, me voy de esta casa para siempre. Soltame, te digo…

Pero Santiaguito le hacía más risitas y no lo soltaba nada.

En eso llegaron todos: el papá, la mamá, Julieta, la abuela y los vecinos, cada uno con su chupete en la mano.

—¡Oh!¡Oh!¡Oh! ¡Miren a Santiaguito con su chupete! –dijo el papá–. ¡Oh!¡Oh!¡Oh!

Y me ha sonreído a MÍ solo.

—¡A MÍ me sonrió! –dijo la mamá–.

Ustedes son testigos. ¡Mi bebé ya ME sonríe!

Julieta no dijo nada, pero miró a Jacinto y al bebé.

Jacinto le guiñó un ojo y, calladito calladito, se fue acomodando dentro del canasto limpio, perfumado y lleno de moños celestes.

««-»»

## *La caída de Porquesí, el malvado emperador*

*de Silvia Schujer*

Hijo de Glotón segundo y nieto de un gran Rey, Porquesí fue el gobernante más temible que hubo en las tierras del país. Apenas asumió el mando, al morir su padre, redactó la primera ordenanza que, en un largo bando, fue leída

al pueblo en plaza pública.

"Todo árbol de frutas que crezca en tierras del País –decía la orden– deberá ser entregado de raíz a este gobierno. Firmado: Porquesí."

Sin protestar –porque nunca lo habían hecho–, los paisanos entregaron sus árboles a las autoridades, dejando sus propios jardines completamente vacíos.

Así fue como al llegar el tiempo de la recolección, el palacio se llenó de incalculables canastos de fruta, con las que el emperador hizo preparar dulces y más dulces. Tantos, que ni al cabo de largos años logró terminar de comer. Y fue durante esos años que, descuidados y hartos de frutos que nadie podía recolectar, los árboles se enfermaron y murieron, uno a uno, en las tierras del emperador.

Porquesí, entonces, redactó la segunda ordenanza que, en un largo bando fue leída en plaza pública. "Tras la inesperada muerte de los árboles –decía la orden– y ante la falta de sus frutos, deberán entregar a este gobierno las risas de todos los chicos que habiten el País".

Desde entonces, en enormes bolsas que eran llevadas al palacio, los chicos depositaban sus sonrisas por obligación.

Con ellas el malvado emperador hacía preparar el dulce más rico del mundo: mermelada de risas. Jalea de carcajadas infantiles, que se convirtieron en el manjar más precioso de su majestad. Era el dulce más dulce que se había conocido.

Fue metido en frascos y vendido a otros monarcas a precios sin igual.

Sin embargo, tanto esplendor no duró mucho: como era de suponer, pasado un tiempo, los chicos del País empezaron a entristecerse, perdiendo poco a poco las ganas de reír.

Hasta que definitivamente dejaron de hacerlo, y la fabricación del sabroso producto llegó a su fin.

Entonces vino la tercera ordenanza que, en un largo bando, fue leída al pueblo en plaza pública.

"Todo chico que no quiera reírse –decía la orden– será severamente castigado por este gobierno". Y los fieles seguidores de Porquesí se lanzaron a la persecución. Los chicos trataban de reírse, pero no podían. Aterrorizados por el castigo, imitaban un sonido parecido al de las carcajadas, que los glotones de Porquesí, sin distinguir, cargaban en sus bolsas al palacio.

Con ellas, que eran una mezcla de miedo y de imitación, los dulces que prepararon para el emperador resultaron más amargos que la hiel. Más salados que una lágrima.

—¡Pueblo de traidores! Gritó entonces Porquesí. Y armó un poderoso ejército para saquear nuevos países.

Viendo cómo su gobernante pretendía entristecer a los chicos de todo el mundo, los paisanos se enfurecieron y, por primera vez, decidieron enfrentarlo.

La sola idea de vencer a Porquesí los puso contentísimos. Y sin darse cuenta organizaron un festejo que de pronto coloreó las calles del País.

Como se imaginarán, tanta felicidad despedía un olor exquisito. Atraído por él, Porquesí quiso probar de qué se trataba. Creyó que se daría el mejor de los banquetes. Pero apenas lo intentó un fuerte dolor de estómago lo hizo caer al suelo. Cayó y cayó y cayó. Con tanta fuerza que jamás pudo volver a levantarse.

Y así termina este cuento. Un capítulo que en la historia universal se conoce como la gloriosa Caída de Porquesí, el malvado emperador de un País.

««-»»

## *El deshollinador que no tenía trabajo*

### *de Laura Devetach* [6]

Buenos Aires es una ciudad muy grande que no está hecha ni de caramelo, ni de galleta, ni de café, sino de casas altísimas, de autos, de semáforos, y de

[6] *El deshollinador que no tenía trabajo* está incluido en el libro, *La torre de cubos*, que se publicó en el año 1966 y el libro en su totalidad fue prohibido en época dictatorial.

calles que se trenzan entre sí nada más que para confundir al que no conoce la ciudad. Por eso el deshollinador que venía desde muy lejos a deshollinar el obelisco, se había perdido.

Estaba sentado en el cordón de una vereda, llorando, con los codos apoyados en las rodillas. La bicicleta descansaba a su lado como un caballito que espera comida. La gente tropezaba con ellos, porque la vereda era demasiado angosta y todos estaban apuradísimos.

—¿No tiene otro lugar donde sentarse –preguntó un señor que llevaba un portafolios. No se detuvo para decirle eso; lo dijo mientras se deslizaba, atolondrado, entre cientos de otros señores con portafolios y cara de dolor de estómago.

—¡Oiga, no moleste!

—¡Amigo, qué lugar elige para sentarse!

—¡Hay cada imprudente!

Una señora muy gorda le pateó la bicicleta. Una señorita pasó tranquilamente por sobre él. Otro señor con portafolios le tiró la ceniza de su cigarro en el sombrero. Pero Totó, que venía de la escuela, se detuvo. Lo miró primero con los ojos como hechos con un compás. Le dio vueltas alrededor, despacito. Después se agachó, murmurando:

—¡Un deshollinador, un deshollinador de verdad! ¿De dónde viniste?

Carbonilla, el deshollinador, levantó su cara blanqueada por las lágrimas y al ver a Totó sonrió un poco contento.

—¡Al fin alguien que me ve! No sabés cuánto hace que ruedo por estas calles y todos me pisan y empujan y a nadie le importa un pepino de mí. Soy Carbonilla, y vengo a deshollinar el obelisco. ¿Dónde está el obelisco?

—Bueno, bueno –dijo Totó sentándose al lado de Carbonilla–. Yo soy Totó y sé hacer los globos de chicle más grandes, pero... decime, ¿quién te dijo que hay que deshollinar el obelisco?

—Yo ando por muchos caminos en mi bicicleta. Por caminos verdes, caminos

color manzana, carreteras de dulce, y cuando no hay caminos, me bajo de la bicicleta y los dibujo yo con un poco de hollín que llevo en el bolsillo. En uno de esos caminos alguien me habló de Buenos Álres y me dijo que tenía una chimenea muy alta, que se llama Obe... obe... ¿cómo era?

—Obelisco.

—Sí, eso, obelisco. ¿Dónde está el obelisco? Decime, que estoy apurado por limpiarlo. ¡Hay tan pocas chimeneas para limpiar!... Bueno, chimeneas hay muchas, pero ya nadie me necesita.

Totó se quedó pensando, ¡al fin sabía para qué era el obelisco! ¡Claro, era para despedir humo! Aunque él nunca había visto humo en la punta del obelisco. Sería porque estaba sucio. Cuando preguntaba todos le decían impacientes: —¡Para qué va a servir el obelisco!, para estar donde está, para eso es un obelisco.

—Decime Carbonilla, ¿quién vive en el obelisco?

—¿No lo sabés vos, que vivís en Buenos Aires?

—No, cuando pregunto me dicen que nadie, y me miran como si yo fuera zonzo.

—Ah, es que los grandes siempre se olvidan de lo que es importante.

—Pero vos, deshollinador, ¿no sos un grande?

—Yo soy un deshollinador –respondió Carbonilla muy ofendido, y tomando uno de sus negros cepillos, se sacó el sombrero y se cepilló prolijamente la cabeza. Después cepilló con cariño su bicicleta.

—Vamos, Totó, vamos hasta el obelisco y así nos enteraremos de quién vive allí.

—Pero para deshollinar el obelisco vas a necesitar cepillos larguísimos.

—No, un buen deshollinador deshollina con su propio cuerpo, recorre las chimeneas por dentro, de arriba para abajo y de abajo para arriba sacándoles hasta el último secreto. ¡Vieras todo lo que aprendí en las chimeneas! Se esconden adentro las mejores canciones del viento, las adivinanzas y los versitos que a veces se escapan. También se meten los globos que vuelan, y la risa, ¡qué cantidad de risa hay dentro de las chimeneas!

—¿Cómo es la risa?

—Como una bolita picante. Yo salgo con los bolsillos llenos. ¡Ja ja Jarajaja! ¿No ves? ¡Ja ja juju! ¡Es muy contagiosa!

—¡Ji ji ji ji ji! –rió Totó–. ¡Jo jo jo Jo! ¡Cierto, ya me contaglaste!

—¡Ja ja ja! ¿Querés maní? ¡Jo jo jo, comeme a mí!

—¡Ja ja ja ji ji ji! –rió Totó muy contento–. ¡Vamos al obelisco!

Carbonilla montó de un salto en la bicicleta, acomodó sus cepillos renegridos y sentó a Totó en el manubrio. Así empezaron a meterse pedaleando por entre los autos. Carbonilla negro y flaco como su bicicleta, hechos de alambre los dos. Totó, riendo como loco, sentado en el caño. Nadie los veía. Por ahí el tránsito se enredaba de una manera espantosa. Los conductores se insultaban entre sí. Pero nadie veía a Totó y Carbonilla en la bicicleta, porque estaban muy ocupados en pelear y con un enojo de muchos años encima.

Por eso es bueno ver cuando el tránsito se complica, si no anda por allí algún deshollinador en bicicleta.

El obelisco se levantaba como un largo caramelo apuntando a las nubes. Carbonilla saltó de la bicicleta y la apoyó contra el obelisco. Tomó a Totó de la mano y muy emocionados golpearon los dos con timidez. "Toco tóc toco tóc", sonaron los golpecitos como si cayeran seis manzanas en el fondo de un canasto.

—¿Uuuh, uuuh? –preguntaron desde adentro.

—Hola, soy Carbonilla, el deshollinador. ¿Quién vive aquí? Me dijeron que hacían falta mis cepillos por estos lugares.

—¿Uuuuh?

—Sí –dijo Totó–, abran pronto, yo soy Totó, el ayudante del deshollinador, y queremos saber quién vive acá.

—¡Boing boing uuuh trr trr clan clan!

—¿Qué ruidos son esos? –Carbonilla estaba un poco asustado–. En ninguna chimenea oí tanto barullo.

Se abrió la puerta del obelisco y asomó una multitud de siluetas de mil colores, elásticas, delicadas, movedizas. Se achicaban y agrandaban sin cesar, como si estuvieran hechas de goma luminosa.

—¿Un deshollinador? –preguntó una silueta verde que se arqueaba como una lombriz.

—Creo que les han informado mal –dijo otra azul, que parecía una espiral fosforescente.

—Aquí no tenemos chimenea ¡trrron trrron!

—Ni humo ¡clan clan!

—Ni precisamos deshollinadores ¡uh uh uh!

—Ni ayudantes de deshollinadores ¡poing poing!

—Pe... pero –dijo Totó muy aturdido pues esas cosas que parecían cintas

movedizas hacían más ruidos que una reunión de sapos–. ¿Quién vive aquí?

—Los ruidos ¡tron tron tron!

—Los ruidos de la ciudad ¡poing poing!

—Somos los bocinazos ¡tuut! ¡tuut!

—Y las sirenas ¡uuuh uuuh uuuh!

—Y los motores ¡trrr trrr!

—¿Quieren pasar a escucharnos un ratito?

Carbonilla no decía nada pero se había encogido de tristeza hasta quedar chiquito en un rincón. ¿Qué haré? –decía–. Ya no hay lugar para mí en ninguna parte.

—Uuuh –dijo la sirena– las chimeneas han crecido, ahora son como torres.

—Trrr trrr –dijo el motor– pero no sirven para vos, pobre Carbonilla.

—Los hogares ya no existen, cambiaron las estufas –dijo un bocinazo sonoro.

—No llores Carbonilla, ya veremos qué hacer.

—¿No quieren subir a ver la ciudad desde la punta del obelisco? –preguntaron los ruidos, tratando de alegrar al pobre Cabonilla.

—Vamos, vamos –y Totó arrastró a su amigo por una espiral color naranja; así llegaron a la punta del obelisco.

—¡Qué grande es la ciudad! –Carbonilla tenía una tristeza tibia como el verano–, y no hay trabajo para mí. ¡Cuántas chimeneas que yo no puedo deshollinar!

Totó miraba encantado. Buenos Aires parecía una cajita de luces, un delicado juguete brillante como para tener en el hueco de la mano, igual que a una luciérnaga. De pronto, allá en una de las mil ventanas de los rascacielos, Totó vio algo.

—¡Vamos, Carbonilla, volando, ya sé lo que podés hacer de ahora en adelante!

Bajaron por un tobogán violeta, deslizándose muy ligero. Los colores y los ruidos los siguieron como si fueran una murga.

—¡Adiós y gracias, ruidos, adiós!

—Úuuuh – trrr trrr – tuuut tuuut – poing poing. ¡Vuelvan alguna vez!

Ya fuera del obelisco, Totó cepilló bien el traje oscuro de Carbonilla que, tristemente, lo dejaba hacer. Le puso el sombrero de alas anchas, le limpió los zapatos que tenían la boca abierta y le dio unas palmaditas en el hombro.

—¡Vamos deshollinador, vamos a buscar trabajo!

La bicicleta rodó esquivando autos mientras Totó silbaba. Carbonilla se envolvía en una serle de suspiros muy tristes. Pasaron al pie de un edificio que se perdía en el aire.

—Allá –dijo Totó– en la última ventanita, esa que más que ventana parece una estrella, está una amiga mía.

—¿Y qué tengo que ver yo con tu amiga? –gruñó Carbonilla–, si es seguro que se calienta en invierno con una sucia estufa a gas, que ni siquiera es capaz de hacer humo.

—No seas así Carbonilla. El tiempo pasa y si no cambiaran algunas cosas, todavía viviríamos en cuevas ¡y en cuevas sin chimeneas!

—Sí... pero es muy feo para mí ver que ya no sirvo para nada.

—¿Y si yo te dijera que vas a servir para mucho?

Carbonilla suspiró, dio una mano al chico y tomando con la otra la bicicleta, subieron al ascensor. La gente que subía y bajaba ni reparó en ellos porque estaba muy ocupada.

—¿Viste? –gimoteó–. Ni me ven.

—Pero Laura te verá –dijo Totó muy convencido.

Cuando Laura oyó el timbre de su departamento, se desperezó, mordió rápidamente la galleta que estaba comiendo y abrió la puerta.

—¡Totó, qué alegría! ¡Y... oh! ¡Con un deshollinador; un deshollinador de

verdad! Pasen, pasen. Sentate deshollinador, aquí en el sofá.

Laura daba saltitos alrededor de Carbonilla.

—¿Viste Carbonilla? ¿Qué te dije yo? ¡Laura sí que sabe lo que valés! –dijo Totó con orgullo.

—Yo... yo... soy un pobre deshollinador. Ando por los caminos verdes...

—Y por los caminos color manzana y por las carreteras de dulce y cuando no hay caminos, los dibujás con un poco de hollín que llevás enel bolsillo –dijo Laura mientras le arreglaba el saco, le cepillaba el pelo y apoyaba cuidadosamente la bicicleta contra la pared. Carbonilla estaba asombrado.

Ahora comeremos galletitas que hice yo en mi horno y tomaremos chocolate.

—¡Muy bien, muy bien! –aplaudió Totó. Carbonilla empezó a reírse, sin saber por qué.

—Yo conozco todas las chimeneas –dijo Laura con seriedad mientras se chupaba los dedos– y los deshollinadores, y los monigotes de las paredes. Y sé lo que les pasa a los chicos cuando se tragan un silbido; y sé adónde se esconden las campanadas de los relojes.

Carbonilla sonreía. Totó seguía comiendo tranquilamente.

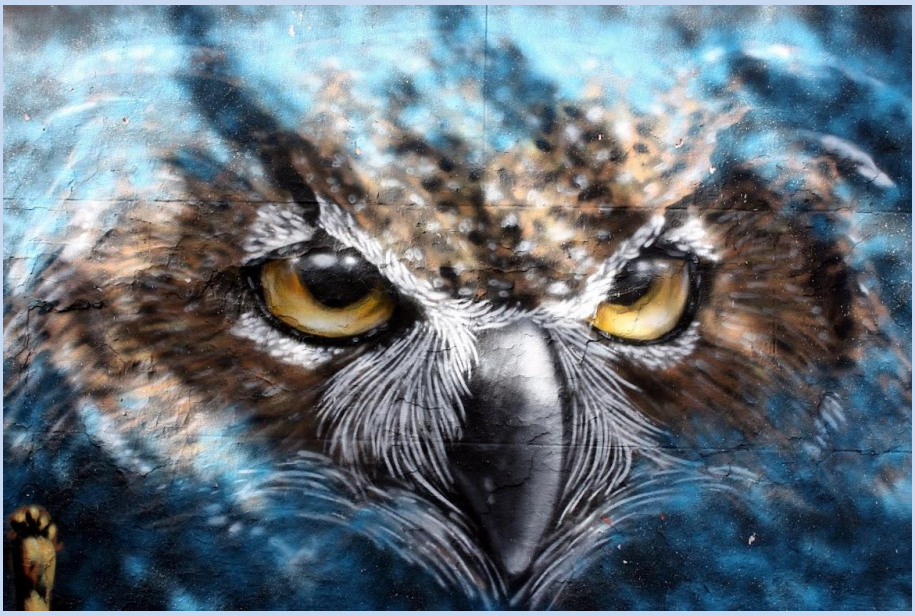
—¿Sabés Carbonilla?, Laura inventa cuentos para los chicos, por eso sabe todas esas cosas. Te conseguiré un trabajo.

Carbonilla estaba alegre. Cuando hubieron tomado todo el chocolate con galletas, Totó dio un beso en la nariz del deshollinador y se fue. Carbonilla parpadeaba poniendo cara de zonzo. Por fin, Laura y él cuchichearon un rato, como para que no los oyeran ustedes, que todo lo espían. Y después, en puntas de pie, Carbonilla el deshollinador, se metió con su bicicleta en este cuento que acaban de leer.

««-»»

# *Mocho y el espantapájaros*

## de Álvaro Yunque [7]



Me querés acompañar a la chacra de mi tía? —dice Tula—. Mamá me manda llevarle esta torta. Yo tengo miedo al espantapájaros que hay a la salida del pueblo.

—¡Puf! —hace Mocho, y se yergue, satisfecho de que Tula, ¡tan limpia, tan suave, tan modosa!, le haga este pedido, confíe en su valor y en su fuerza, apoye en él su debilidad femenina.

—¿Me acompañás? —insiste ella.

—¡Vamos!

Comienzan a andar uno al lado del otro. Son de la misma edad, diez años, pero Mocho es bastante más alto, y parece de más edad con su corpachón vigoroso de muchacho crecido al sol y al aire libre, con su cabeza de pelos enmarañados, negros y duros, con su cara morena y como amasada a golpes. No en vano la delicada y dulce Tula busca su apoyo. El muchacho exhibe fortaleza y coraje, ¡vaya!, ¿no lo ha visto ella misma enredarse a puñetazos

[7] *Mocho y el espantapájaros*, de Álvaro Yunque (seudónimo de Arístides Herrero Gandolfi), está incluido en el libro *Mocho y el espantapájaros: y otros cuentos*; el libro fue publicado en 1972 y prohibido en época dictatorial.

con chicos mayores o correr a pedradas a perros grandes?

Caminan y conversan. Él:

—¿Por qué le tenés miedo al espantapájaros? No es nada más que un espantapájaros. Y vos no sos un pájaro. ¿O te creés que sos un gorrión?

—Ya sé que no soy un gorrión, pero abuela dice que de noche el espantapájaros se pone a caminar, y yo pienso que si vuelvo tarde, sola, y me encuentro el espantapájaros por el camino... ¡Ay! Con solo pensarlo, mirá, se me pone carne de gallina, me enfrío. Tocá.

Mocho no se lo hace repetir. Toca la piel aterciopelada del brazo de su amiga, y habla. Habla seguro de sí:

—¡Son macanas eso que dice tu abuela! Yo he pasado de noche por el camino y el espantapájaros estaba allí como si fuese de día.

—¿Habrás pasado una noche de luna?

—He pasado en noches de luna y en noches de tormenta. El espantapájaros no se mueve de su sitio.

—¿Noches de tormenta? ¡Qué valiente!

Mocho sonríe, gozoso. Tula cree lo que él afirma.

Y dice:

—¡Para eso soy hombre! Los hombres somos valientes.

Continúan andando. De vez en vez, ella lo mira de reojo. Y vuelve a hablar:

—Yendo a tu lado no tengo miedo de pasar por allí frente al espantapájaros.

Él calla. Una ola de satisfacción le sube desde el pecho al rostro y se lo colorea. Saber que esta muchacha tan linda, tan suave, tan graciosa, confía en él, le da mayor seguridad todavía. Calla, mete las manos en los bolsillos, pisa más fuerte.

Ella insiste:

—¿Y si saliera el espantapájaros a atajarnos en el camino?

—¡Bah! —hace él y se encoge de hombros, despreciativo: no toma en cuenta una suposición tan descabellada.

—Sí, ya sé que no saldrá, al fin ahora es de día. Pero... ¿si saliera?...

—¡Lo rompo todo! ¡No le dejo una hilacha! —afirma él, y continúa andando. Lo dice con tanta firmeza que Tula sonríe, contagiada de la seguridad de su amigo.

—¿Qué torta llevás allí? —pregunta él, y las pupilas le relucen de gula.

—Una torta de dulce de membrillo para mi tía, la de la chacra. Hoy es su cumpleaños.

—A ver, dejame tomar el olor... ¡Ah, qué rica ha de ser!

—Sí, es rica. Yo te daría un pedazo, pero... si mamá sabe...

—¿Y cómo puede saberlo?

—Muy fácil: que mi tía, mañana, cuando la vea, le diga: a tu torta le faltaba un pedazo.

—Es cierto.

—Mamá hizo otra torta para nosotros. Esta noche, cuando me den mi pedazo, en el postre de la comida, no lo comeré. Te lo guardaré para vos.

—Guardame la mitad —concede él, un poco caballero.

—No, te lo guardaré todo.

—No, la mitad.

—Bueno, la mitad —accede la chica, y agrega—: También le puedo pedir a mamá un pedazo para vos. Le puedo decir que me acompañaste. ¿Qué te parece?

—Me parece mejor. Así con tu medio pedazo y mi pedazo, yo me como un pedazo y medio.

Tula no responde, aunque en verdad, Mocho no ha interpretado su pensamiento. Ella pensaba que pidiendo para él, este se conformaría con su pedazo.

En fin...

Doblan el camino.

—¡Allí está! —exclama ella, se toma de la mano de Mocho, aminora el paso.

—¿Y qué? —dice él, despectivamente—. ¡Vas conmigo!

Llegan delante del espantapájaros. Un sombrero de paja medio caído y, sobre la cruz de palo de sus hombros, colgantes harapos de lo que fuera un saco de hombre.

Mocho lo enfrenta, burlón y valiente:

—¡Hola, espantapájaros! ¿Qué decís? ¿Cómo te va?

Recoge unas piedras y le tira. Acierta con una y le bambolea el sombrero. No se conforma con esa demostración de valentía. No oyendo a Tula que le balbucea:

—¡No, Mocho, no hagas eso! Mirá que de noche se puede vengar... ¡No, Mocho!...

El muchacho, de un brinco, salta el alambrado, se acerca al espantapájaros y le quita el sombrero. Ríe a carcajadas. Se topa con él y continúa andando, regocijado de su hazaña cuanto del temor con que su trémula compañera, pálida y temblorosa, lo sigue.

Mocho se da vuelta y, saludando, grita:

—¡Chau, espantapájaros! ¡Tanto gusto de saludarlo con su sombrero, señor espantapájaros! —Y le tira el sombrero que cae entre los trigos de su custodia.

A la vuelta, después de haber dejado el obsequio en manos de la tía, más satisfechos, porque ésta los ha invitado con masas y sándwiches, Mocho vuelve a enfrentarse con el espantapájaros:

—¡Adiós, che! Te has quedado sin cabeza. Te voy a poner el sombrero.

Vuelve a saltar el alambrado, recoge el sombrero y lo hunde en el palo que sirve de cuello al espantapájaros. Antes de doblar el camino, se vuelve para burlarlo:

—¡Adiós, espantapájaros! ¡Seguí asustando a gorriones, que a mí no me asustás!

—¡Pero a mí me asusta! —agrega la chica, y se toma de su mano. Llegan a las casas del pueblo.

—Hasta mañana, Mocho valiente.

—Hasta mañana, y ya sabés...

—¿Qué, Mocho?

—¿Te olvidaste lo del pedazo y medio de torta?... ¡Me quedé con unas ganas de probarla!

Por la noche, una noche sin luna, con oscuros nubarrones que rezongan truenos, Mocho sale al camino. Va a buscar al espantapájaros. Va a probarle que, si de día no le tuvo miedo, de noche tampoco se lo tiene. ¡Y eso que no es noche de luna! Se burlará de él, le quitará el sombrero de paja, le desgarrará el saco. Porque el espantapájaros estará allí, en el sitio de siempre, inmóvil e inofensivo, solo sirviendo para asustar a tontos gorriones o débiles niñas como Tula...

Pero ¿qué? ¿Quién viene allí por el camino? ¿Es el espantapájaros?

¡No puede ser! ¡Y es el espantapájaros, sí! Lentamente, con sus harapos al viento, con su sombrerote de paja agitado, allí viene, por el camino, y en dirección contraria a la suya. Mocho se detiene, sorprendido y temeroso. Siente que un frío de hielo le paraliza las piernas, que la piel se le eriza, que los cabellos se le ponen de punta. Intenta gritar, y no puede. La voz se le corta.

¿Pero entonces era verdad lo que decía la abuela de Tula? ¿Es verdad que el espantapájaros sale de noche a andar por los caminos? ¡No puede ser! ¿Cómo creer en tal cosa? Y sin embargo, allí está, en el camino, andando como un hombre y dirigiéndose hacia él, quizás dispuesto a vengarse de sus burlas y de sus pedradas. Ya se acerca, se acerca... Mocho no resiste más. Da vuelta y, temblando de miedo, echa a correr.

Pero corre torpemente, sus piernas temblorosas han perdido el vigor y la agilidad habituales. Y oye detrás suyo los pasos del espantapájaros que lo persigue. Los oye más cerca, ¡más cerca todavía!, ya parece que lo tiene junto a él, no puede más...

Pide auxilio. ¿A quién pedirlo sino a la madre?

Intenta dar un salto, y grita:

—¡Mamá, mamá! —Siente que ha caído. Porque Mocho acaba de rodar de la cama donde estaba soñando. Se hace la luz. A su lado está la madre, afligida:

—¿Qué te pasa, querido?

Mocho la mira con ojos espantados. Va a decirle que el espantapájaros lo corría, pero calla. ¿Cómo decir tal cosa? Calla y se aprieta contra su pecho, sollozante. La madre lo consuela y acaricia:

—Estabas soñando. Una pesadilla, seguramente. Eso te pasa por comer mucho y a cada rato. No es nada. Acostate, querido. Yo te acompañaré.

Lo tiende en la cama, lo arropa. Y se instala a su lado. Mocho se siente seguro, cierra los ojos, se duerme.

Pero a la mañana siguiente, día de sol radiante y magnífico, pasando por delante del espantapájaros inmóvil, sigue derecho, lo contempla de reojo. No se le ocurre burlarlo ni tirarle piedras.

«««-»»»